



Expansiones de la ciencia ficción o ¿cómo narrar una vida? Una lectura posible para *Vagabunda Bogotá* de Luis Carlos Barragán

Florencia Colombetti¹

Universidad Nacional de Córdoba
fcolombetti@gmail.com

Resumen: Alberto Giordano en un artículo reciente (2013) se interroga por qué es lo que se manifiesta en las grietas de los procesos autofigurativos, allí donde lo íntimo emerge desacomodando las imágenes construidas de sí. En esas grietas, aparece la vida como aquello inapropiable, no identificable con una subjetividad articulada y estable, que presiona sobre la escritura y que en dicha presión, puede intensificarse, potenciarse. *Vagabunda Bogotá* (2011) del colombiano Luis Carlos Barragán se presenta como una autoficción que convoca las relaciones entre literatura y vida desde una perspectiva particular: la ciencia ficción. Esta matriz genérica lejos de fijar las subjetividades y los cuerpos, produce, por el contrario, una apertura de los sentidos y horizontes de lo vivible a partir de un principio de indiferenciación que disuelve los límites y las clasificaciones dadas. Así, la ciencia ficción aparece como un modo alternativo (al realismo de lo autobiográfico) para registrar la vida, o al menos, para escribirla en su devenir incesante.

Palabras clave: Ciencia ficción – Autoficción – Vida

Abstract: Alberto Giordano in a recent article (2013) asks about what it is manifested in the fissures that the emergence of the intimate dimension leaves in the auto figurative processes. There, the life shows itself like that inappropriable, unidentifiable with an articulated and stable subjectivity, that press on writing, and in this pressure, it intensifies itself. Luis Carlos Barragán's *Vagabunda Bogotá* (2011) is an autofiction in which the relationships between literature and life are worked from a science fiction perspective. The use of this genre produces the opening of the life horizons as from a principle of non-differentiation that dissolves the boundaries and classifications given. Thereby, science fiction appears as an alternative mode (to the realism of the autobiography) to record life, or at least, to write it in their incessant becoming.

Keywords: Science fiction – Autofiction – Life

¹ **Florencia Colombetti** es estudiante avanzada de la carrera Licenciatura en Letras Modernas, en la Facultad de Filosofía y Humanidades, de la U.N.C.



Vagabunda Bogotá es la primera novela de un joven escritor colombiano, Luis Carlos Barragán Castro. Fue publicada en 2011 luego de ganar el X Premio Nacional de Novela que otorga la Cámara de Comercio de Medellín, y alcanzó cierto reconocimiento cuando fue seleccionada finalista del Premio Rómulo Gallegos en 2013 por un jurado compuesto, entre otros, por Ricardo Piglia. Estos reconocimientos de un demasiado joven y desconocido escritor se deben, quizás, a la extrañeza que produce la novela, a la sensación de lo inacabado, de lo incompleto y de lo indefinido que genera su lectura. Y sigo diciendo novela, a pesar de que dicha categoría no se ajusta plenamente a esta escritura que parece dispersarse con cada línea, que parece avanzar sobre la nada, yendo hacia ningún lugar. Y diré también, novela de ciencia ficción, aunque pareciera que, en cada página, se contraviene y subvierte toda convención y todo código. Lo cierto es, en todo caso, que ese desajuste, esa dificultad de clasificar, de administrar categorías que permitan asir el texto a cierto orden literario, es la pauta que rige la escritura de Luis Carlos. Y es en ese desajuste donde se juegan las relaciones entre literatura y vida que emergen de *Vagabunda Bogotá*, porque, ante todo, como indica el primer párrafo “este libro trata sobre todo del sentido de la vida, porque a veces cuando me doy cuenta de que me estoy aburriendo pienso en que la vida no tiene sentido” (11).

La vida, entonces, o una vida, en realidad, será la materia sobre la que la escritura hurgue, presione, atraque, en la doble acepción del vocablo, como asalto, conmoción, perturbación, y también como acercamiento, como se acerca una barca a otra, a un muelle o a la costa (lo cual, no se puede asegurar que signifique, siempre, un resguardo). La vida en cuestión es, claramente, la vida de Luis Carlos Barragán Castro: autor, narrador y protagonista. Y para continuar con las etiquetas, entonces, puedo decir que *Vagabunda* es también una autoficción, en los términos en que la define



Manuel Alberca: “un relato que se presenta como novela, es decir como ficción, o sin determinación genérica (nunca como autobiografía o memorias), [que] se caracteriza por tener una apariencia autobiográfica, ratificada por la identidad nominal de autor, narrador y personaje” (2005: 115). Además, aquí, no sólo el nombre propio hace coincidir estas tres posiciones, sino que hay que agregar otros rasgos referenciales que aumentan dicha identificación, como el rol de estudiante de artes plásticas de Luis Carlos, así como su condición de bogotano.

En esa apariencia autobiográfica que señala Alberca, *Vagabunda* retoma episodios de la historia personal de Luis Carlos que se irán trenzando de manera disgregada alrededor de un hecho singular: la ruptura y alejamiento de su amante Mario, un físico chileno que se gana una beca para hacer un doctorado en la estación espacial de Urano. Este hecho tiene al menos dos consecuencias. Por un lado, nos instala en la imaginería de la ciencia ficción, de la space opera, específicamente, es decir, aquel tipo de relato estereotipado en el que las acciones “tienen como escenario el espacio interestelar” (Barceló, 2008: 35). Y por otro, impulsa en Luis Carlos una revisión de la trayectoria vital, revisión que se produce también en el marco del fin del mundo, tópico propio de la ciencia ficción, que en *Vagabunda* adquiere la forma de una pandemia: la enfermedad del olvido, un tipo de amnesia particular que se propaga a través de la mirada y deja a los sujetos sin saber quiénes son, ni cómo se llaman, ni qué hacen. Mientras intenta escapar del olvido y la soledad que produce no sólo el abandono del amante, sino también la ausencia de sus amigos y familiares, Luis Carlos irá dando lugar a aquello que Alberto Giordano (2006) llama “escritura de los recuerdos”, la cual se presenta de manera fragmentaria, no ajustable a ningún orden lógico ni cronológico, como imágenes fugaces, destellos que sobrevienen. Por eso, aunque se proclame al inicio del libro la búsqueda de



un sentido de la vida que dé coherencia al yo y al momento presente, lo que se produce y desea en su lugar es una indefinida postergación del sentido, su imposible fijación y cierre, una deriva que acecha las posibilidades de anclar la narración del sí mismo. Es en esa deriva donde cobra significación la inscripción cienciaficcional como un modo alternativo para registrar una vida, pero también para potenciarla e intensificarla en el devenir de la propia escritura.

Pero, ¿cómo es posible enmarcar los retazos referenciales que implica la autoficción como modalidad de las escrituras del yo en un género que se caracteriza por su estatuto no mimético, definitivamente, no realista? En otras palabras, ¿cómo podría la ciencia ficción, entendida como imaginación del futuro, albergar una vida vivida? Quizás, para responder, debería cambiar de lugar la mirada y saltar de lo “vivido” a lo “vivable”. Como señala Soledad Boero en su tesis doctoral, lo vivible se comprende en términos de experiencia deseable y pensable que permanece en estado de potencia, pero que actúa, no obstante, sobre lo vivido. En palabras de la autora, “lo vivible tornaría opaco y a la vez indeterminado este concepto de “vivido” puesto que indaga sobre una dimensión virtual que coexiste con lo real, como potencia, y se sobreimprime en sus movimientos, desequilibrando y desordenando las formas pre concebidas de la experiencia” (2016). En ese sentido, la escritura cienciaficcional se abriría como espacio (textual) para concebir horizontes de lo vivible en los que se gestan otras posibilidades de vida y de reinención que rehúyen a la estabilización de una subjetividad centrada y articulada que dice yo. Por el contrario, esta matriz genérica funcionaría mostrando las grietas del discurso del sí mismo, disponiendo un espacio para esa “vida agujereada” de la que habla Regine Robin (2005), donde el yo se presenta siempre abierto, inclasificable en el devenir de una escritura que así también se quiere.



De este modo, lo cienciaficcional de *Vagabunda Bogotá* articula el relato autoficcional, y se convierte en medio de captura de la vida, pero también en dispositivo que permite expandirla, afirmando otras posibilidades, en especial, frente al hecho traumático de la separación, del desamor. Como dije, el abandono de Luis Carlos llevará a la revisión de la historia vital, pero al mismo tiempo, se convierte en impulso para otra búsqueda, puesto que, a partir del viaje a Urano de Mario, Luis emprende otra travesía en su voluntad de reencontrarlo: un viaje astral, una transcodificación corporal que activa procesos de subjetivación y desubjetivación, que desarman y exponen al yo a lo indeterminado.

Bajo condiciones límite, encerrado y aislado en una habitación de hotel de Medellín, mientras el mundo conocido se derrumba, Luis Carlos descubre que puede transcodificarse, es decir, desplazarse a través de distancias exorbitantes, abandonando la propia corporalidad y migrando hacia otros cuerpos. Con esos pasajes corporales, la transcodificación hace desaparecer los puntos fijos en la determinación de una subjetividad, poniendo en cuestión la idea de un cuerpo original y preformado a partir del cual el yo se reconoce a sí mismo en una intimidad de lo propio. De este modo, desaparece también toda permanencia y posibilidad de desarrollo coherente del yo, ya que esos cuerpos otros que habita Luis Carlos lo conducen a una zona de indiferenciación y tensión entre lo íntimo y lo ajeno, entre lo propio y lo común. La apertura hacia lo otro aparece como movimientos de desubjetivación, mutaciones en donde las lógicas de identificación del sí mismo se fracturan, dejando al yo dislocado, enfrentado a algo que ya no es él mismo, como señala Luis, “a veces la información escrita en el cuerpo te gana y haces cosas que no tienes idea de por qué las haces, como rascarte una ceja cuando estás preocupado, o sacarte un moco cuando ves una película” (81).



Además, la reencarnación que implica la transcodificación es múltiple, puesto que no se ajusta necesariamente a la forma humana, sino que Luis se encontrará siendo, por ejemplo, “una enorme nevera Nevecón” (73), o una servilleta, o un joven yonqui uraniano. Así, estos cuerpos provisorios exceden los contornos antropomórficos y hacen emerger otros modos de existencia que escamotean la adecuación de la vida a la medida de lo humano. Estos modos de existencia que no se ajustan a la norma humana supone en *Vagabunda* nuevas formas de contacto entre los cuerpos, conexiones no regladas que desbaratan todo orden clasificador, donde ya ni se distingue entre lo orgánico y lo inorgánico como dicotomía que permite leer la experiencia del mundo. Por eso Mario y Luis pueden reencontrarse a pesar de la forma de nevera de este último: “Jugábamos a excitarnos mutuamente (...). Era nuestra intimidad. Yo también te lanzaba botellas de champaña y huevos y te dejaba como un pastel, yo abría mis puertas y tu entrabas y decías que mi frío era todo lo que querías” (75). Así, en ese desajuste y dislocación que opera *Vagabunda*, nada permanece fijo, nada perdura igual a sí mismo, y todo límite y frontera que permitía demarcar formas y contornos acabados se disuelve, o al menos esa parece ser la gran apuesta del libro: “Debe dejar de existir la noción líquida de límite” (158), repite Luis Carlos, “que los límites de mi piel no sean reales, que los conceptos se entrecrucen, que los conceptos intangibles como belleza o fealdad sean uno mismo, que mientras escribo en el computador, mis manos se hundan en el teclado y yo salga disparado en señales de energía hacia todo el mundo” (175).

De este modo, en *Vagabunda*, a pesar de que se haga uso de ciertas imágenes y recursos codificados dentro del género, la indiferenciación de los límites se convierte en el fundamento del mundo cienciaficcional, en aquello que Darko Suvin (1984) llama el *novum*, es decir, el foco del que



emana “la reestructuración total de las relaciones espacio-temporales de la narración (...) que modifica el ambiente empírico del autor y forma la base del extrañamiento” (Alvarado, 2011). Esta búsqueda de la indiferenciación encarna en la siguiente premisa científica que postula el texto: “El universo es uno solo y no posee elementos, no existe un límite entre un ente y otro para lo que podemos nombrar dentro de las cosas que percibimos” (51). De esta manera, estas propuestas no sólo justifican el mecanismo de transcodificación, sino que articulan la escritura misma, puesto que afectan también la comprensión de la temporalidad. En *Vagabunda*, pasado, presente y futuro se con-funden, y por ello, los retazos de la trayectoria de vida de Luis Carlos no pueden coincidir en una línea de tiempo que los organice y les dé consistencia. Lo vivido fluye en lo vivible, exponiendo el tiempo vital a incongruencias y contradicciones que no se buscan saldar, puesto que aquella materia informe que es la vida no admite clasificación previa ni proyecto teleológico que hagan posible su apropiación.

La propuesta de indiferenciación está presente también en la enfermedad del olvido que comenté más arriba, la cual se configura como un apocalipsis, la destrucción del mundo conocido. Si bien, como señalé, el temor al olvido impulsa la revisión de la historia personal de Luis Carlos, el olvido abrirá también otras posibilidades vitales. Así, una forma de encarar la enfermedad será reteniendo mediante la escritura, y a la manera de *Cien años de soledad* de García Márquez, los datos de lo vivido que están a punto de perderse. Por eso, se aconseja: “Escriba en un papel, me llamo Luis Carlos Barragán, tengo 19 años, vivo en tal dirección, mis padres son tales, trabajo en tal cosa, y mi horario es de tal a tal hora, la clave de mi usuario de Internet es tal otra, los dígitos de la clave de mi tarjeta de crédito son tales, mi novia o novio se llama tal (...)” (220). Este listado de lo que se es no hace más que mostrar esa tensión en la captura de una vida, donde parece que



hay algo que siempre escapa, que no cede ya que no puede asentarse ni asestar un sentido acabado.

Pero lejos de significar la muerte, esta enfermedad del olvido dará lugar a una reinención continua del sí mismo. Es un olvido de toda normativización de la subjetividad y una suspensión de las categorías que permitían clasificarla: ni la clase, la religión, el género o la sangre resisten frente a la indiferenciación del olvido. Y desde allí, se asiste a la reinención no atada a ninguna sujeción, al menos no, a las tradicionales. El olvido, entonces, como un abandono de sí para ser otro, que habilita otros modos de existencia, otras posibilidades de vida. Por lo tanto, el olvido no sólo implica el fin del mundo, sino que es la tabla rasa para un nuevo mundo, pero mientras eso sucede, en *Vagabunda* sobreviene la fiesta, en la que Luis Carlos también se sumerge, “estaba quedándome sin memoria, olvidándolo todo entre una fiesta de orden mundial que sucedía en las calles de toda la ciudad, donde todos alcanzaban el éxtasis y por ende la comunión” (252). Así, la fiesta emerge como forma de comunidad, de estar con otros, que es, en el fondo, la gran pregunta que insiste en cada página de *Vagabunda*.

Para finalizar, entonces, considero que esta lectura posible del texto de Barragán Castro busca abrir un espacio de reflexión en torno a la imaginación cienciaficcional como posibilidad de ficcionalización extrema del yo, que potencia los horizontes de lo vivible, a partir de la propuesta de indiferenciación entre lo factual y lo ficticio en el registro de una vida. Porque si la vida, como sostiene Alberto Giordano, “se define menos por lo que es que por lo que puede ser” (“Autoficción” 9), entonces, la escritura cienciaficcional la vuelve vagabunda, la arma y la desarma en el intento imposible de capturarla.



Bibliografía

Alberca, Manuel. (2005). “¿Existe la autoficción hispanoamericana?”, en Cuadernos del CILHA, N° 7(8), 115-127.

Alvarado, Rolando. (2011). “El concepto de ciencia ficción en Darko Suvin, I” [Entrada en blog]. Recuperado de hiperficcionario.blogspot.com.ar/2011_05_01_archive.html

Barragán Castro, Luis Carlos. (2011). *Vagabunda Bogotá*. Medellín: Cámara de Comercio de Medellín para Antioquía.

Barceló, Miquel. (2008). *La ciencia ficción*. Barcelona: Ed. UOC.

Boero, Soledad. (2016). *Trazos impersonales. Indagaciones en torno a lo heterobiográfico en Jorge Baron Biza y Carlos Correas*. Villa María: Eduvim [en prensa].

Deleuze, Gilles. (1994). *La Literatura y la Vida*. Córdoba, Alción Editora.

Giordano, Alberto. (2013). “Autoficción: entre literatura y vida”, en *Boletín 17 del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*. Disponible en: http://www.celarg.org/int/arch_public/cd98f00b20-albertogiordano17.pdf

---. (2006). *Una posibilidad de vida. Escrituras íntimas*. Rosario: Beatriz Viterbo.

Robin, Regine. (2005). “La autoficción. El sujeto siempre en falta”. En Arfuch, Leonor (comp.), *Identidades, sujetos y subjetividades*. Buenos Aires: Prometeo Libros. Pp. 45-58.

Suvin, Darko. (1984). *Metamorfosis de la ciencia ficción*. México: FCE.